

DISCURSO

LEIDO POR EL SR. DR. FERNANDO ALTAMIRANO,
EN LA SESION SOLEMNE CELEBRADA EL DIA 29 DE JULIO DE 1875, EN CONMEMORACION
DEL DISTINGUIDO NATURALISTA MEXICANO, DR. LAURO M. JIMENEZ.

SEÑORES:

La ciencia de Hipócrates se ha cubierto de un crespon fúnebre con la pérdida de un hombre que hacia honor á la humanidad, era el consuelo del estudiante desvalido, y el genio observador é infatigable de los misterios de la naturaleza.

El nombre de este ser filantrópico, sencillo, de recta conciencia y firme creyente de la doctrina de Cristo, era Lauro M. Jimenez.

¡Oh maestro querido, levántate y ven á alimentar en mi cerebro la luz de la idea que se extingue: que tu voz resuene entre nosotros pintándonos bellos cuadros de la naturaleza, y que la Patria adorne tu frente con los laureles que supiste alcanzar como profesor lleno de fuego en la difusion de las verdades científicas!

Mas ¡Ah! solo tus restos venerandos nos inspiran aún, y la Sociedad á la que seis años perteneciste fundada sin mas medios que la abnegacion y el trabajo, sin otro fin que el conocimiento de los seres de la creacion, sin más recompensa que el progreso de nuestra patria, hoy concurre aqui para manifestar á sus conciudadanos el impulso que diste al estudio de las ciencias naturales.

Feliz esta Asociación de naturalistas que hoy te presenta como un modelo admirable de trabajo y de virtud. Te reflejas en un cuadro grandioso donde admiramos el patriotismo, la caridad y la religión. Mi pluma es impotente para copiar este precioso conjunto, opacaría los bellos colores producidos por la misma naturaleza, cual una imagen perfecta grabada por el éter luminoso.

Pero la mente de la Sociedad que me honró confiándome una misión propia tan solo de inteligencias privilegiadas, fué que presentara un compendio de sus principales trabajos sobre Historia Natural, recordar que existió este hombre ilustre y que su nombre quedó escrito para siempre en el templo de la fama. No cansaré vuestra indulgente atención, seré breve y conciso.

Habiendo terminado su brillante carrera de medicina, su espíritu no satisfecho con poseer los medios de que disponía la ciencia para disminuir el sufrimiento, se lanza á investigar las leyes de la naturaleza que su imaginación le presentaba majestuosa en nuestros fértiles campos, ostentando vegetales gigantes que al través de los siglos han recorrido la historia de nuestras pasadas generaciones. Allí veía también las variadas plantas que el viajero puede encontrar del Polo al Ecuador, ya adornadas de pétalos matizados con brillantes colores, ya encerrando un principio que quita la vida con la rapidez del rayo, ó bien calmando maravillosamente el dolor; ya ofreciendo fibras delicadas, hermosas maderas, exquisitos perfumes, y sobre todo, admirando la sabiduría de su Creador; comprende al fin, que para conocer con más perfección el organismo humano, en su desarrollo, estructura, facultades y alteraciones, debía comenzar por adquirir el conocimiento de los seres inferiores.

Su inteligencia percibe un bello horizonte y se lanza atrevido al estudio de la Zoología y de la Botánica, sin instrumentos, sin libros, sin protección, pero lleno de fé y entusiasmo para dominar los obstáculos, llegando á ser un insigne botánico.

Una vez dado el primer impulso comenzó á difundir los conocimientos que adquiría, y fué uno de los primeros en dar á conocer el microscopio en México, demostrando á los que lo escuchaban el mundo celular de la Zoología y de la Botánica.

El interés por el estudio de la Historia Natural circula rápidamente, los gobernantes participaban de él procurando fomentarlo, y el infatigable iniciador no se contentaba con buscar aplicaciones de las ciencias naturales á la Medicina, á la Agricultura y á las Artes; sino que al mismo tiempo socorría al desgraciado, formaba el robusto tronco de una familia, y exponía tran-

quilamente su pecho á las bayonetas del *yankee*, cuando sus huestes pisaban nuestro bello suelo y allanaban nuestros hogares.

He aquí un verdadero patriota: vedlo cómo derrama su sangre por la patria sin reclamarle recompensa, y que vive exclusivamente para ella, dándole nuevos ciudadanos, cultivando la inteligencia de unos, salvando de la muerte á otros, y que extiende la fama de su país presentando al mundo las galas con que la naturaleza lo adorna.

La libertad en tanto marchaba á grandes pasos por un camino regado con sangre, pero que fertilizaba el campo de la ciencia, brindando con el saber al humilde pastor que habita en medio de los bosques, y al opulento aristócrata sumergido en la ignorancia, aumentando los medios para que el pueblo pueda oír la voz de sus maestros, y proporcionando á éstos los medios necesarios para difundir la instrucción: así, repito, fertilizaba el terreno y germinaban las semillas que sembraba Lauro Jimenez entre la juventud.

Hélo aquí ya rodeado de un círculo de jóvenes que escuchan sus lecciones de Botánica, y formando parte de las Sociedades científicas donde presentaba sus trabajos sobre Historia Natural, porque aun no se había creado la entusiasta Asociación que tengo hoy el honor de representar.

La «Gaceta Médica» daba á luz una interesante observación de Myasis, enfermedad producida por un insecto terrible para quien nuestras cavidades naturales, particularmente las fosas nasales, son un palacio que busca con ahínco para depositar sus gérmenes que se trasformarán en una inmensa y temible generación.

Nuestro naturalista observó que aquel insecto era diverso de los conocidos, esto es, de la *Lucilia César* ó Mosca dorada y de la *Lucilia hominivora*, con los que presentaba semejanza; pero que se distinguía particularmente por el cambio de colores que se percibe en su cuerpo, variando la dirección de la luz, propiedad que tomó para especificarla con el nombre de *Lucilia versicolor* y estableció una nueva especie de esos inocentes compañeros de nuestras habitaciones, pero que bajo su disfraz pueden ocasionarnos la muerte.

Demostró los recursos de que el médico dispone para combatir los padecimientos aceptando de la naturaleza las plantas tales como ésta se las ofrece; citó los magníficos resultados que había obtenido con el *Fucus vesiculosus* en la hipertrofia de varios tejidos, é hizo notar un punto que se había escapado á la sagacidad de otros de sus compañeros: que la acción benéfica de esta planta tal vez no sea debida al yodo que contiene en sus elementos, sino á un principio especial que se haya ocultado al químico, y por ahora solamente la naturaleza sea capaz de proporcionarlo por medio de este producto marino.

Trabajaba además en union de otros ilustrados mexicanos, los Sres. Herrera y Mendoza, cuando entregados por su parte al estudio de una pequeña pero enérgica planta mexicana, la *Comelina tuberosa*, Lauro Jimenez buscaba sus aplicaciones y anunció á la Academia de Medicina, que nuestra flora habia dotado á la ciencia con un agente enérgico para contener las hemorragias, y que estaria al alcance tanto del desgraciado indígena que habita aislado en derruida cabaña, como del feliz ciudadano rodeado de tesoros y de los consuelos de la ciencia.

Lauro Jimenez no solo procuraba el consuelo de sus semejantes, sino el de todo sér dotado de sensibilidad y por lo mismo condenado al sufrimiento; por eso le vemos buscar la causa de la muerte de un caballo, cuyo estómago presentaba á la autopsia las larvas de un insecto que se deseaba conocer, así como los medios de que se vale para derribar un organismo tan superior al suyo.

Sus investigaciones no podian darle la solucion apetecida, porque era imposible en aquellas circunstancias que le condujesen á la última transformacion del insecto; pero su espíritu percibia al través de este velo tupido, un género nuevo de la familia de los *Athericeros*, en cuyo caso lo especificaba con la voz *Gastrus* y seria propio del continente americano.

La misma Gaceta dió á conocer una prueba de la sagacidad de nuestro compatriota, al referir la curiosa observacion sobre el *Chahuistle*. Aqui admiramos á este obrero infatigable de la ciencia recorriendo los campos en una tarde del mes de Julio, para darse cuenta de una enfermedad que ataca tenazmente á los sembrados de maíz.

Se le dice que un insecto era la causa, pero recurre al microscopio y este le revela la verdad; aquel polvo que cubria las plantas era un hongo, un organismo perfecto, que aunque pequeño, su poder destructor era inmenso.

Con este triunfo dotaba á la ciencia de una especie nueva que designó *Licea maidis*, ó como despues quiso llamarla, *Maidis chahuistlea*, y demostró al agricultor el enemigo de sus sementeras y algunos medios para combatirlo.

Sobre esta corriente científica que inundaba á nuestro país, protegido por la paz, bogaba tranquilamente nuestro naturalista, cuando recibe un viento contrario; y al sustentar una oposicion para obtener una plaza en el hospital de San Hipólito, las olas de la envidia y de la injusticia, hicieron naufragar el tesoro de ciencia con que se habia enriquecido; pero su gloria de vencedor no pudieron sumergirla: todos los estudiantes prorumpen en aplausos, honran su mérito y su saber, y le eligen como brillante antorcha que los ilumine en su carrera.

De aquí brotó la Sociedad Filoiátrica: hé aquí un nuevo plantel de estudiantes de medicina dirigido por un insigne naturalista, que les allanará el camino de la ciencia y les marcará una huella luminosa para que puedan llegar á inscribir sus nombres en el templo de la gloria.

Los trabajos de esta Sociedad naciente recorren el mundo científico por medio de un periódico, «El Porvenir,» que el gobierno indulgente ayuda á sostener, y en él aparecen los trabajos del presidente filoiátrico, sobre diversos puntos de Historia natural.

Unas veces comunica á sus discípulos los medios de que se deben valer para formar un museo zoológico, oponiéndose á la destrucción, esa ley misteriosa de la naturaleza que protege el continuo movimiento de los átomos, que los que hoy forman una molécula cristalizada mañana constituyan una celdilla, y que la celdilla que hoy se nutre solamente, despues tenga sensibilidad, y más tarde sea el vehiculo de la inteligencia para descubrir las leyes del universo.

Les enseñaba además la Taxidermia, esto es, cómo debian conservar á los representantes de la serie zoológica cuando recorriendo las escarpadas montañas y los perfumados bosques se encontrasen pintados pajarillos de vistosos y delicados plumajes, serpientes venenosas y otros reptiles; en una palabra, todo sér á quien la naturaleza ha animado con el soplo de la vida.

En medio de estos afanes le comunican el proyecto que han concebido seis mexicanos de consagrar una parte de sus fondos y de su tiempo al estudio de la Historia natural, su alma entusiasta recibe con júbilo la invitacion y forma parte de aquel grupo de verdaderos amantes de la ciencia.

El tiempo que le deja libre su clientela lo emplea en concurrir á las sociedades científicas, donde su voz era escuchada con agrado y cuyos periódicos publicaron sus numerosos trabajos sobre ciencias naturales y que omito relataros por no ser prolijo.

Su vida estaba enteramente consagrada á la ciencia y la ambicion no tuvo entrada en aquel noble pecho; seguia rectamente la voz de su conciencia, y ni en momentos críticos en que la única perspectiva de su vida era el olvido y la miseria, se apartó de la divisa que guiaba su existencia: proteccion al estudiante y el concienzudo análisis de los séres organizados.

Presidente perpétuo de la Sociedad que habia formado y que sostenia con heroicos esfuerzos, decidia con su práctica de veinte años las difíciles cuestiones médicas que surgian entre sus filoiátricos, é investigaba solícito las necesidades de sus jóvenes estudiantes para llenar la magnánima mision que habia dictado el honroso lema de esa Sociedad: Filoiátrica y de Beneficencia.

Como excelente botánico no abandonó sus amados vegetales, y miétras

que en la Asociación naturalista, leía interesantes observaciones como la de esa planta que nos remite el histórico Querétaro, denominada Pícosa, que descubrió ser una especie nueva del género *Croton*, en el silencio de la noche se dedicaba en su hogar á disponer segun el método natural, las numerosas plantas indígenas descubiertas por una de las glorias científicas, el Sr. D. Vicente Cervantes.

Este trabajo habia de ser el centro donde debian concurrir todos los conocimientos científicos que habia adquirido en los diversos ramos de las ciencias médicas y naturales. Vendria á formar un faro luminoso que marcara el sendero para la formación de nuestra bella flora.

Mas ah!.... ved aquí que comienza á opacarse este sol de la ciencia, y pocos instantes despues de haber arrojado sus últimos destellos se eclipsa para siempre.

La muerte al descorrerle el velo de la naturaleza arrebató á la Academia de Medicina su presidente; á la Sociedad Filoiátrica su fundador; á México un verdadero patriota; á sus hijos el sostén y las caricias, y á la Sociedad de Historia Natural uno de sus laboriosos obreros.

Una víctima más, un hueco en las filas de la ciencia, un combatiente mé- nos de la inteligencia en la conquista de los secretos de la naturaleza; pero que no es una lucha como la del hombre con el hombre por la vía brutal de las armas.

Pero ah! qué distinta es la recompensa! Mientras al vencedor cuanto más extermina, cuantas más familias deja en la orfandad, cuanto más hace retroceder las artes y la industria, más aumenta su gloria, más riquezas se le conceden, más aplausos le prodiga el mundo, y las naciones doblan ante él humildemente la rodilla: el sabio en el presente estado social, sucumbe con las manos tendidas hácia las coronas que se le escapan; deja á su familia envuelta en la miseria, y el mundo le arroja cuando más un puñado de tierra en su fosa para ocultar con él los beneficios que le debe.

Pero no hay que retroceder ante este triste espectáculo, juventud estudiosa: vosotros modificaréis nuestras costumbres, y con la luz de la libertad y el progreso colocaréis al sabio en el lugar distinguido que merece.

Os ha enseñado el camino el primer Magistrado de la Republica. Védle que vigila cuidadosamente la instruccion; jamás se la han prodigado más elementos para su progreso, y aun nuestra Sociedad recibe exactamente de su mano protectora la subvencion que el Soberano Congreso le concede, porque ha comprendido que la ciencia tiene dos aspectos: en el laboratorio del inventor exige cuantiosos gastos; en la fábrica del industrial es fuente inagotable de riquezas.

¡Oh Industriales! acordaos cuando recibis crecidas rentas que ya ha sucumbido gran número de sabios agotados por la fatiga y la miseria. Ceded á sus familias una parte. Y miéntas llega este bello ideal, ¿no habrá entre vosotros, compañeros Naturalistas, alguno que despues de cerrar los ojos del amigo venga á aceptar la herencia de su miseria y sostener sus más caras afecciones? Ved aquí la mision que se habia impuesto Lauro Jimenez: desempeñad su papel.

Ensanchad el campo de la ciencia; multiplicad el número de socios que se entreguen á su culto; enriqueced sus cosechas, y sobre este camino de triunfos y de martirios, curad los heridos y levantad los muertos, exclamando: ¡Gloria al progreso, gloria á la ciencia!